

DE LA ALIENACION Y EL PENSAMIENTO SOCIAL

ALGUNAS SUGERENCIAS CRITICAS

I

Si el concepto de alienación surgiera tan solo en el marco del pensamiento marxista, todo tratamiento del mismo debería de circunscribirse a su problemática. Al contrario, aparece muy a menudo en otras interpretaciones del mundo social. No ha mucho tuvo lugar un renacimiento del interés hacia ese concepto, sobre todo en el campo de la investigación social, de forma que se han hecho algunos esfuerzos interesantes encaminados hacia la medición de la alienación en situaciones concretas (1). Su presente uso, en teoría sociológica y psicológica, así como en la práctica, se halla sin duda conectado a la visión marxista del concepto, pero puede verse en él una tendencia hacia la separación de los supuestos originales, sean marxistas o hegelianos. Pudiera muy bien ocurrir que una de las causas de ese renovado interés sea el redescubrimiento, hace ya algunos años, de los escritos juveniles de Carlos Marx, especialmente de los de 1844, así como del natural entusiasmo con que los revisionistas del marxismo y otros escritores se sumergieron en su estudio, ya con la esperanza de enriquecer sus conocimientos, ya con la de justificar sus nuevas posiciones. Uno se siente inclinado, sin embargo, a pensar que el concepto de alienación ejercita por sí mismo una atracción profunda e inmediata en cualquier mente que se halle al acecho de explicaciones satisfactorias de lo que le pasa en realidad al hombre moderno, de lo que hace de él un animal tan angustiado e insatisfecho. Esta actitud encierra, claro está, sus peligros. Suele acontecer que la gente prefiere la fórmula, es decir, la pseudoexplicación, en vez de la auténtica res-

(1) Véase: G. NETTLER: «A Measure of Alienation», *Amer. Soc. Rev.*, 22, diciembre 57; J. P. CLARK: «Measuring Alienation within a Social System», *Amer. Soc. Rev.*, 24 diciembre 59; A. DAVIDS, en el *Journal of Consulting Psychology*, 19, febrero, 55, y en el *J. of Abnormal and Social Psych.*, 51, julio 55; E. G. JACO: «The Social Isolation Hypothesis», *Am. Soc. Rev.*, 19, octubre 54. También D. G. DEAN: «The Measure of Alienation», *Am. Soc. Rev.*, 26, octubre 61. Ver nota 4.

puesta, que tiene siempre ribetes de incertidumbre cuando es humano el asunto. Las fórmulas ponen en peligro el pensamiento porque frenan casi por completo la exploración crítica.

Todos andamos, pues, de acuerdo en dar la bienvenida a cualquier intento serio de solucionar el problema de las disensiones que dividen mentalmente a los hombres. Así que, cuando la comunidad liberal de los pensadores occidentales halla soluciones que eran consideradas como tales sólo entre los marxistas, la cosa debería darse por buena: el único criterio de aceptabilidad para las ideas nuevas debe ser su *adaequatio ad rem*. Esta actitud, además, nos ayudará a la creación de una comunidad más universal que la presente, por lo menos en el terreno del mutuo entenderse.

Tomemos la embocadura diciendo claramente cuál es la aseveración de estos papeles, que luego habrá que justificar. La alienación, usada como concepto que define la totalidad de la condición humana en el presente estado de la sociedad industrial es un concepto vago en exceso. Si Tocqueville tenía razón al decir que «il n'y a rien de plus improductif pour l'esprit humain qu'une idée abstraite» (2), la alienación social, como fenómeno, debería definirse en una forma más palpable. No quiero decir que tal como se presenta hoy en día, el concepto sea difícil de entender. Lo que ocurre es que a menudo se nos ofrece cual si fuera la herramienta más adecuada para comprender la conciencia de hombre en el mundo contemporáneo, con lo cual el concepto sufre una hipóstasis. Si dijera «el único problema del hombre moderno es que está socialmente enajenado», la enajenación se convertiría en el foco de mi atención. ¿Qué ocurriría sin embargo, si descubriese que alienación o enajenación es un concepto extremadamente complejo cuyo estudio me lleva de las consideraciones económicas a las psicológicas y de éstas a las culturales, hasta hacerme perder todo trazo de causalidad en mi pensamiento? No cabe duda de que en tal caso me sentiré tentado en cierta manera a abandonar la idea de alienación y que intentaré hallar otras y mejores explicaciones a mi pregunta original.

¿Constituye esto, empero, razón suficiente para desasistir un concepto tan rico en sugerencias? ¿Va a ser fácil hallar un concepto sustancial y realístico que lo sustituya? ¿O es que vamos a dar sólo con un *Ersatz* inútil actuando así? Sólo probando inadecuaciones radicales podremos contestar afirmativamente a la primera pregunta. Quizá una reconsideración del concepto no nos conduzca a abogar por su supresión, sino simplemente a circunscribirlo a un grupo de fenómenos más reducido y estricto. Contestar a las dos últimas preguntas es más problemático. Por lo pronto, será necesario evitar la introduc-

(2) ALEXIS DE TOCQUEVILLE: *De la démocratie en Amérique*, vol. II, cap. XVIII, pág. 259, Paquerre, París, 1850.

ción de otros conceptos tan insatisfactorios como el analizado. Y si no damos con el que deba de considerarse suficiente, siempre será de desear presentar alguna solución, por muy parcial y tentativa que ésta sea. La demolición fraccionaria o total de una construcción intelectual sólo se justifica a la luz de nuevas y fecundas sugerencias.

II

Una de las diferencias entre la economía política marxista y la clásica es que en la primera el hombre es más objeto de atención que su actividad económica. La interpretación superficial dada por algunos escritores de izquierdas que consideran que la economía liberal no trata del hombre sino exclusivamente de su riqueza no está escondida en esta afirmación. Por supuesto, la economía política liberal trata del hombre, ya que su forma de enfocar el proceso de producción y consumo obedece a toda una concepción de la naturaleza moral del hombre. Pero no hay duda que su atención ha ido siempre dirigida hacia la riqueza, hacia la creación de la riqueza y sus modos de adquisición. Para el marxismo lo que más contaba era la condición humana en general, tal como aparece determinada por un sistema de producción. No causa sorpresa el ver que cuando Marx descubrió la incompleta interpretación hegeliana de las consecuencias humanas de la actividad industrial ello le condujera al desarrollo de un concepto que no es sólo un pilar básico en sus escritos primeros, sino que permanece como tal en sus obras más maduras. En verdad que la alienación social es la idea básica a través de la cual los marxistas conciben al hombre en la presente sociedad, hagan uso o no de esa palabra.

A pesar de algunas deficiencias más o menos marginales que hay en su presentación de la dinámica de la alienación, las palabras de Marx son profundamente reveladoras. Es evidente que su presunción de que «cuanta más riqueza produce el obrero..., más pobre se vuelve» así como sus palabras «cuanto más produce el trabajador, menos tiene para consumir» sobre las que su análisis está basado parcialmente, pueden considerarse erróneas en este momento histórico, aunque quizás no en el suyo, pero es también cierto que la mayor parte de su descripción de las implicaciones psicológicas del modo de producción capitalista puede difícilmente ser contradecida por entero (3). El problema en nuestros días consiste en averiguar si la alienación del trabajador no sólo afec-

(3) Todas las citas de Marx aparecen en el *Gesamtausgabe*, Berlín, 1932, parte III, vol. I págs. 81-94, «Die Entfremdete Arbeit». No hay referencias concretas a la *Deutsche Ideologie*, pero su texto se ha tenido presente, especialmente el capítulo «Über die Produktion des Bewusstseins», *Marx Engels Werke*, Dietz Verlag, 58, Berlín, vol. 3, páginas 37 y sig.

ta a la forma de producción capitalista sino a cualquier forma de producción en la que el trabajador no controle el destino de su propia labor. Esta sospecha se vuelve más clara leyendo sus propias palabras:

... el objeto que produce el trabajo, su producto, está opuesto a él como a una esencia extraña, como un poder independiente del productor. El producto del trabajo es trabajo cristalizado en un objeto, que ha sido objetivado. Esta objetivación (*Vergegenständlichung*) es la materialización del trabajo. La realización del trabajo es su materialización. En la situación económica, la realización del trabajo aparece como una pérdida de realidad (*Entwirklichung*) por parte del trabajador, la materialización como una pérdida y servidumbre del objeto, y la apropiación como alienación, enajenación (*Entäusserung*).

Marx atribuyó este proceso a la devaluación del mundo de los hombres ya que el trabajo, en el seno de un sistema económico capitalista, «se produce a sí mismo y al trabajador como mercancías, de la misma manera que produce mercancías». Sería difícil negar que en un sistema liberal de producción las leyes de la oferta y la demanda que valen para los objetos valen también para los hombres, en muchos casos. Por ejemplo, hablamos abiertamente del mercado de trabajadores. Ahora bien, si la alienación se define como fenómeno que ocurre estrictamente en el contexto de la industria preautomatizada, antes y durante la empresa capitalista de producción en cadena, debemos considerarla como un concepto aceptable. La automatización no se ha convertido todavía en el único o principal modo de producir bienes. Si estoy en lo cierto, esta versión originaria de la alienación puede ser perfectamente útil. Pero para ver esto con más claridad, he aquí un esquema de la descripción que da Marx del proceso de enajenación:

- I. En primer lugar, los objetos son producidos por el obrero en una empresa.
- II. El capitalista los vende en el mercado y paga un salario al obrero.
- III. Los objetos se producen sin propósito alguno en sí mismos. El único propósito es el salario, no ellos.
- IV. En consecuencia, el obrero está alienado de su labor.
- V. Lo que implica que está también alienado de otros hombres: a), del capitalista, a causa de sus privilegios, y b), de los otros trabajadores, a causa de la competencia interna que se establece entre ellos.
- VI. Habiendo perdido contacto afectivo con el resto de sus prójimos, está igualmente alienado de su propia conciencia.

Quizás Marx viera los peligros metodológicos que significaría el hacer de este proceso la piedra sillar de su teoría económica, y por eso se concentrase en la plus valía, dejando los aspectos psicológicos en el trasfondo (4). Quizá también no sea casualidad el hecho de que Hegel se planteara el problema de la alienación también en sus escritos primeros, y no después. A pesar de esto, no hay que pensar que Marx, al relegarlo un tanto, lo abandonara. No hay duda que su idea del fetichismo de las mercancías es básica para el desarrollo de *El Capital*, y que este fenómeno está descrito en el momento III del esquema presentado.

Bien, todo esto ayuda a comprender la situación de cierto tipo humano, el obrero asalariado. Cuando el observador se da cuenta de que aparentemente grandes sectores de la sociedad sufren de situaciones similares, se nos ofrecen dos posibilidades, si queremos ser consecuentes con esta interpretación. La primera, y sin duda muy simple, consistiría en hipostasiar —como se insinuó anteriormente— la idea de alienación (5). En tal caso podríamos decir que el triunfo del industrialismo más la expansión del capitalismo a todos los niveles de la sociedad han convertido a los hombres en un ejército de asalariados, todos ellos física y moralmente enajenados. En segundo lugar, y con el objeto de evitar un excesivo simplismo en la interpretación de los hechos sociales, bien podríamos someter los fenómenos a un nuevo esquema heurístico. Esto es, por ejemplo, lo que Weber hizo con su idea de la racionalización progresiva de la sociedad; o, como Mannheim diría (6), la racionalización funcional de la sociedad. Para Max Weber el proceso tenía un nombre, burocratización.

Es comprensible que los hombres interpreten sus males en los términos usados para explicar los males que asolaban a sus predecesores inmediatos. Aunque ésta no sea la mejor actitud, no siempre es posible empezar con soluciones frescas y absolutamente nuevas. Weber, Durkheim y otros pensadores intentaron librarse de módulos de pensamiento que habían sido ya plenamente desarrollados en el siglo XIX y que no parecían explicar los

(4) DAVID BRAYBROOKE: «Diagnosis and Remedy in Marx' doctrine of alienation», *Social Research*, 25, otoño 58, pág. 325, obra que he seguido en la presente descripción de la alienación, pág. 326. Ver las *Theologische Jugendschriften*, de HEGEL, *passim*. Para una definición de la alienación que no tenga relación alguna con este proceso, ver JAN HAJDA: «Alienation and Integration of Student Intellectuals», *Am. Soc. Rev.*, 26, octubre 61.

(5) ¿Hay algo de esto en Marx cuando dice que «la propiedad privada es... el producto, el resultado, la consecuencia necesaria del trabajo enajenado, de la relación externa del trabajador con la naturaleza y consigo mismo»? (Lo subrayado es mío).

(6) KARL MANNHEIM: *Mensch und Gesellschaft im Zeitalter des Umbaus*, Leiden, 1935, Sijthoff, *passim*.

últimos acontecimientos del momento en que ellos vivieron. En realidad, seguían el mismo imperativo intelectual a que obedecieron Hegel y Marx, y no tímidamente, intentando dar su interpretación de la condición humana bajo nuevas circunstancias sociales. Aunque sus concepciones estaban firmemente enraizadas en su tiempo no es de aconsejar que rechacemos su idea de la alienación sólo porque nuestra situación es diferente de la suya. Por lo pronto, bien pudiera suceder que nuestras circunstancias (sean, en algunos aspectos básicos, sorprendentemente similares a las del siglo XIX. Nuestro mundo no ha sufrido ni mucho menos los efectos de una automatización en gran escala, como se indicó antes, y hay en él una evidente coexistencia de objetos y estructuras que pertenecen a momentos muy diferentes y distantes del progreso material (7). En este caso quien lleva la carga de la prueba de la imperfección del concepto de alienación es aquel que crea que nuestro mundo y el de Marx son diferentes en términos absolutos. Mas sin contradecirse con todo esto, parece arriesgado generalizar las condiciones del trabajador alienado a aquellos niveles de la realidad humana que no están estrictamente relacionados con el trabajo. Por ejemplo, ¿cómo podemos osar interpretar los problemas planteados por el ocio —por el apático uso del ocio por las masas— en los términos de la alienación del trabajo? Porque el hombre moderno no se encuentra a sí mismo cuando no trabaja. En la mayoría de los casos intenta minimizar su soledad con las delicias de la cultura de masas, y no con el ejercicio de sus facultades razonadoras. Parece que hay cierta contradicción entre esto y la declaración de Marx de que

El trabajador... siente que es él mismo fuera del trabajo, y durante el trabajo se siente lejos de sí mismo. Se encuentra a gusto cuando no trabaja, y cuando trabaja no se encuentra a gusto.

Está claro que Marx no pudo prever las condiciones del ocio en este nuestro tiempo. Algunos de sus herederos intelectuales han encontrado la respuesta al problema en forma quizás demasiado sencilla: la cultura de masas y su brutalización, y otros fenómenos similares, son una consecuencia de la alienación del hombre en el seno del sistema capitalista de producción.

(7) MANNHEIM llamó a esto la «Gleichzeitigkeit des Ungleichzeitigen», *ibíd.*, p. 14. Lo cual ha sido también indicado por el malogrado MERLEAU-PONTY («Signes», NRF, París, 61, pág. 141) «cette proximité et cette distance du passé et du présent, de l'archaïque et du moderne... cette perpétuelle surdétermination des événements humains qui fait que, quelle que soit la singularité des conditions locales ou temporelles, le fait social nous apparaît toujours sous la variante d'une seule vie dont la nôtre aussi fait partie et que tout autre est pour nous un autre nous-même».

El hecho de que nosotros veamos las imperfecciones de tal sistema no significa que tengamos que aceptar la relación causal entre ambos elementos. En realidad, no la vemos tan clara.

III

A fuer de interpretar las cosas bien, hace falta evitar la excesiva separación teórica de conceptos que reflejan realidades afines. La alienación del obrero industrial de sus productos y la del empleado inmerso en la impersonalidad del sistema burocrático hallan en relación causal con el fracaso de ambos en crearse una identidad, una personalidad y una voluntad de pensar por sí mismos. Empero, muchos de los problemas que sitian al hombre contemporáneo no emergen directamente de la fábrica o de la oficina. Naturalmente, siempre será fácil establecer conexiones entre éstas y cualquier otro aspecto de la vida social, dado que son piezas tan importantes de la marcha de la sociedad y que forman el paisaje cotidiano de la mayoría de las gentes. Pero hay muchos casos que no pueden hallar sus causas inmediatas en la alienación del trabajo, industrial o burocrático. Así ocurre, verbigracia, con la naturaleza de los medios masivos de comunicación, con las crisis del sentido tradicional del cambio social, con la nueva forma de percibir tiempo y espacio, con la vida en un hábitat mecanizado, etc.

Si concedemos que el hombre contemporáneo se siente desazonado y falto de propósito en su vida, tanto cuando trabaja como cuando no, y que ello se debe, entre otras cosas, a la misma calidad del trabajo, cabe preguntarse si ese aislamiento y falta de creatividad no dependerán también de esos otros factores que hemos enumerado al azar. Algunos no estarán de acuerdo con esto, puesto que para ellos lo que ha acontecido es simplemente que la alienación se ha salido de sus límites originales y ha invadido la totalidad del horizonte social. Quienes sostengan esta opinión dirán que el hombre, víctima de la cultura de masas, de la política totalitaria, de la guerra moderna, por no hablar de otros males menores como son la corrupción de los sindicatos y la apatía de las clases trabajadoras, es en realidad víctima de una sola cosa, de la alienación, y que todos estos elementos no son más que aspectos parciales de ella (8).

Es curioso observar que los autores de hoy, después de haberse acercado al problema de la alienación con un enfoque analítico, habiendo previamente aceptado la concepción general que todo lo abarca y que aquí se pone en tela

(8) Véase, por ejemplo, FRITZ PAPPENHEIM: «The Alienation of Modern Man», *Monthly Review Press*, Nueva York, 59.

de juicio. se ven obligados a dividirla en categorías más reducidas. Así, por ejemplo, la cita siguiente, todo y con constituir un ejemplo más refinado que lo que en general se nos ofrece (9).

El hombre (no solo el trabajador, puesto que *el proceso de alienación afecta a la sociedad total*) es, pues, para Marx como para Schiller, Feuerbach y Hegel, un hombre mutilado.

Pero estas teorías de la alienación no son adecuadas. Mientras que los principios desarrollados por Hegel y Marx no deben de abandonarse, estas teorías necesitan complementarse y profundizarse. Su falta de adecuación consiste en que oponen al hombre moderno universal... el hombre mutilado del mundo moderno. Pero no hay forma histórica social en la que los hombres hayan existido como seres universales, pues la esclavitud no es compatible con la universalidad. Lo que quiero decir será quizás, más claro, si *distingo tres estratos de alienación*: el estrato de la psicología, el de la sociedad y el de la política.

Llegaremos al centro del problema de la alienación... sólo si establecemos de buen principio una clara separación de tres estratos y conceptos, *para reunirlos luego de nuevo*.

El autor Franz Neumann, insiste en que los principios originales de la primitiva concepción de la alienación no deben de abandonarse —con lo cual yo no estoy en desacuerdo— pero recomienda profundizar en ellos y complementarlos por medio de la distinción de varios estratos. No considera la posibilidad de que, una vez debidamente estudiados y analizados, sea un tanto difícil reunirlos otra vez. Pudiera suceder que para entonces hayan sufrido transfiguración tal que nos sería necesario forzarlos en un lecho de Procusto. Claro que uno siempre podrá sacarse del magín una nueva y vaga categoría con qué adjetivarlos a todos ellos. Para el profesor Neumann la alienación afecta a la sociedad como todo. No hay duda de que ello es cierto sólo en tanto en cuanto cualquier proceso de envergadura que tiene lugar en el mundo de lo social, afecta a los demás, ya que sólo mentalmente podemos reducir la vida a sus partes. Hechas, sin embargo, tales salvedades, si aceptamos una definición de la enajenación del hombre como resultado de una forma determinada de producción, mantengámosla así, y analicemos y describamos sus con-

(9) FRANZ NEUMANN: *Anxiety and Politics* (Berlín, 1954). Publicado en *Identity and Anxiety*. M. R. Stein et Alii, Free Press, Glencoe, ill., 60, pág. 271.

consecuencias sin dar su nombre a aquellos fenómenos cuya causa directa no consiste en esa forma de producción.

Hemos dado algunos ejemplos de fenómenos que no pueden siempre explicarse a través de la alienación. Tomemos uno que no fue mencionado en aquel momento, para aclarar más este punto. No hay mucha discrepancia con respecto a la suposición de que el desamparo mental en que muchos hombres se encuentran aherrojados tiene que ver con la falta de un sistema de creencias sustancial y no atomizado. Constantemente se nos dice que una de las fuerzas del totalitarismo es que presenta un sustituto para tal sistema de creencias, aunque éste tenga lugar a un nivel no trascendente. Sin abogar por un retorno a lo sagrado en la forma que tenía en el pasado, es lícito preguntarse si las consecuencias del agotamiento de la creencia religiosa no provocan —cuando no van acompañadas por un aumento de la actividad racional— un estado de angustia y soledad que es diferente del que surgió del trabajo industrial. Porque no se puede identificar, como se hace a menudo, falta de fe y progreso material.

El problema surge porque los autores tratan diferentes factores que producen efectos similares en la conciencia, como si fueran lo mismo. La verdad es que cuando se ven obligados a tratar con ellos prácticamente, se olvidan de sus concepciones apriorísticas en la mayoría de los casos. El resultado es el estudio de sucesivos tipos de hechos a los que el universal nombre de alienación ha sido unido, bajo tipos diferentes de criterios. Eso es lo que ocurre en el ensayo de Franz Neumann, *Ansiedad y Política*, que ha sido presentado como muestra. Hay en él una descripción de la alienación política de las masas que es tan reveladora como interesante, y lo mismo ocurre con su tratamiento de este problema en relación con situaciones de ansiedad colectiva y de su deseo de identificación. Neumann no prueba, sin embargo, que la conducta de la muchedumbre, la política de masas, el fanatismo, etc., puedan subsumirse bajo la misma clase de alienación del trabajo, o bien, que estos fenómenos sean consecuencias suyas.

Hasta considerando al hombre como un microcosmos, en la mejor tradición del humanismo, tendremos que conceder que a pesar de la riqueza de sus experiencias, el hombre opera toda clase de reducciones fenomenológicas con el material de su experiencia. Es un simplificador incansable. Expresa con el mismo lenguaje la mayor diversidad de situaciones. Y lo grave es que el hombre no va completamente errado actuando de esta manera, puesto que su naturaleza no da para más. Pero sus posibilidades pueden multiplicarse en cuanto se da cuenta de esas limitaciones y las acepta concienzudamente como parte de su condición. La idea de la alienación nos atrae porque insinúa, de golpe, algo que está en el aire de nuestro tiempo, en el sabor de nuestra vida.

Pero, como podemos ver, bajo su presente acepción, corre el peligro de caer bajo aquel tipo de ideas generales contra las cuales Tocqueville nos previno.

Un reciente estudio del sociólogo D. G. Dean, en el que intenta medir el grado de la alienación, divide el concepto en otros tres más concretos, para escapar de este peligro, a los que llama sus componentes, yendo algo más lejos del ejemplo que acabamos de dar, en el que se distinguían estratos, pero no elementos más independientes. El primer componente sería la *falta de poder*, el segundo *falta de normas*, correlativo de la anomía de Durkheim, que Dean concibe bajo sus subtipos de *falta de propósito*, y *conflicto de normas*, y el tercero es el *aislamiento social*. Cuatro son, pues, en realidad; estos elementos. Parece evidente que será más fácil para el sociólogo, así como para el filósofo de la sociedad, determinar si hay o no aislamiento social en un individuo o grupo, y si ello se combina o no con otros factores, que tener que detectar alienación tal cual. Dean no ignora las flaquezas de la idea general que aquí se critica cuando dice que «bien pudiera ocurrir que la alienación no fuera un concepto unitario, sino un síndrome» (10). Y antes ya había indicado que

los teóricos han sugerido varios nombres correlativos al de Alienación, como Apatía, Autoritarismo, Cinismo, Vagabundaje, Apatía política, Hiperactividad política o Personalización en política, Prejuicio. Privatización, Psicosis, Regresión y Suicidio (11).

De estar él en lo cierto, si toda esta retahíla de nombres corresponde a la idea de alienación, tendremos que atenernos a dos conclusiones. Primera, que hay que hacer un esfuerzo conducente a la unificación teórica de varias concepciones aparentemente divergentes que, tras velos diferentes, esconden ideas similares acerca del hombre contemporáneo, o por lo menos de los males que le aquejan. Segunda, desde el punto de vista de la práctica, habrá que autolimitarse al trabajar con modelos cuya definición no ha sido todavía bien esclarecida. Esta autolimitación puede consistir sobre todo en el estar conscientes del presente estado de confusión teórica.

IV

Cuando nos damos cuenta de que hay una común actitud general hacia la condición humana en las mentes aparentemente más distantes, comprendemos los esfuerzos que se están haciendo desde la II Guerra Mundial en el terreno

(10) D. G. DEAN: Op. cit., pág. 758.

(11) *Ibíd.*, pág. 754.

de la filosofía. Con la desradicalización del pensamiento social algunas cosas emergen al primer plano de nuestra atención, cuya evidencia era imposible tiempo atrás. Ortega, que descuidó el marxismo en todos sus aspectos, desarrolló su idea de la barbarie del especialismo de tal forma que las palabras de Marx «cuanto más formales son sus productos, más deforme es el trabajador, cuanto más civilizado es el objeto, más bárbaro es el obrero», podrían ser tuyas, si interpretamos en forma lata el sustantivo civilización. Y no se trata ni de una declaración casual de Marx ni de un pensamiento incidental de Ortega, sino que entrambos están en el centro de su concepción del hombre.

Además, éste último creó un concepto que es, en cierto modo, previo al de alienación. Se trata de la idea de alteración, que él enlaza más a su raíz latina *alter* y *alteratio* que al sentido corriente de nuestra lengua, de la misma manera que alienación en el significado en que la tratamos está distanciada —aunque no completamente— de su sentido de trastorno mental, y enlazada con su voz latina *alienus*, *alienatio*. La alteración es el estado de no estar en sí mismo que es tan característico del reino animal. Los animales están siempre atentos a lo que pasa en su alrededor, a lo que pasa a lo otro, «Decir, pues, que el animal no vive desde sí mismo sino desde lo otro, traído y llevado y tiranizado por lo otro, equivale a decir que el animal vive siempre alterado, enajenado, que su vida es constitutiva alteración» (12). El hombre, por su parte, tiene la habilidad de penetrar en sí mismo, haciendo un alto en su constante negocio con el mundo. Esto es lo que Ortega llama *ensimismamiento*, usando otro término corriente del castellano. Ahora bien, el proceso natural para que el hombre viva humanamente sin sufrir la enajenación doble de su pensamiento y de su circunstancia, es fácilmente concebida por él en tres fases:

Son... tres momentos diferentes que cíclicamente se repiten a lo largo de la historia de la humanidad en formas cada vez más complejas y densas: 1.º, el hombre se siente perdido, naufrago en las cosas, es la *alteración*; 2.º, el hombre, con un enérgico esfuerzo, se retira a su intimidad, para formarse ideas sobre las cosas y su posible dominación, es el *ensimismamiento*, la *vita contemplativa*, que decían los romanos, el *theoretikós bios* de los griegos, la *teoría*; 3.º, el hombre vuelve a sumergirse en el mundo, para actuar en él conforme un plan preconcebido, es la *acción*, la *vita activa*, la *praxis*.

Según esto no puede hablarse de acción sino en la medida en que

(12) JOSÉ ORTEGA Y GASSET: *Ensimismamiento y alteración*. Espasa-Calpe, Buenos Aires, 39, pág. 20.

va a estar regida por una previa contemplación; y viceversa, el ensimismamiento no es sino un proyectar la acción futura.

El destino del hombre es, pues, primariamente, *acción*.

No vivimos para pensar, sino al revés: pensamos para lograr pervivir (13).

El idealismo queda por consiguiente excluido del esquema así como el intelectualismo. El pensamiento es para la acción. Y el progresismo se excluye también. De acuerdo con Ortega, los progresistas no creen que el *theoretikós bios* se necesita. El progreso moral del hombre, por no mencionar el material, es su propio sino. A mi buen entender Ortega fué aquí demasiado lejos, aunque hay bastante verdad en lo que dice cuando uno considera la fe en el inevitable mejoramiento humano que se echa de ver entre los progresistas. Sin embargo, muchos de ellos combinan su confianza en la evolución con la necesidad de planeo teórico que la sociedad en marcha requiere.

No hay duda de que hay ciertas similitudes en estas ideas y la dialéctica hegeliana, aunque no sean básicas. Lo que es sorprendentemente común a esa doctrina y, en general, a otras concepciones modernas de la enajenación es que todas ellas definen la alienación como la erradicación de la segunda fase orteguiana, del ensimismamiento, de la vida humana. La vida del trabajador moderno, obrero, burócrata, hasta del agricultor, requiere cada vez menos ensimismamiento. La alienación del hombre en otros tiempos consistía principalmente en estar a la merced de la naturaleza o de otros hombres; la de hoy, que es la única con la que tiene que ver este ensayo, consiste en la esclavitud del hombre por sus propios instrumentos y por las instituciones correspondientes. Siguiendo el pensamiento de Ortega y Gasset, podríamos decir que el peligro de que el hombre, víctima de la alienación, sufra una regresión a su estado de alteración, en el que las verdaderas decisiones no deberán de tomarse y el pensamiento auténtico no será necesario, a menos de que haya una rebelión en su mente hacia la libertad interna del pensamiento y una enérgica petición de su derecho a elegir sus propias acciones. Y esta es empresa delicada. Porque la función de ensimismarse es una cualidad adquirida penosamente; se ha perdido varias veces en el curso de la historia. Para él, así como para otros autores, «estamos a punto de perderla otra vez». Pero uno no debe tampoco alarmarse, la esencia del hombre ha sido el estar siempre al borde de deshumanizarse (14). Hay que tener esto presente para no interpretar la alienación como un cataclismo y la sociedad de masas como la llegada del milenio.

(13) *Ibíd.*, pág. 29.

(14) *Ibíd.*, págs. 31, 32.

Esta excursión marginal por las ideas de un pensador cuyo estilo y orientación son tan diversos de la concepción central de la que aquí tratamos, subraya la noción de que nada sería más erróneo que la interpretación de estas líneas en el sentido de que aconsejan la supresión de ideas unificadoras. Mientras éstas se salven de convertirse en vaguedades mediante su constante verificación con los hechos conocidos, nada podrá decirse en su contra. De esta manera, hasta pueden utilizarse como herramientas para entender o tratar nuestro mundo, y también para esclarecer y reducir el conflicto ideológico.

Algunos autores anuncian la desaparición de las ideologías. La verdad es que tendremos que vivir entre ellas y habérnoslas con ellas durante largo tiempo. La ideología juega un papel muy importante en nuestro mundo, y ello se debe a la victoria de las fórmulas sobre las formas. Por eso cuando digo herramientas tengo presente aquello de que necesitamos formas y no fórmulas, su diminutivo.

Las insuficiencias de la interpretación contemporánea de la sociedad en términos de la tradición creada durante el período que comenzó con los escritos de Hegel y acabó «grosso modo» con la muerte de Freud, no justifican la iconoclastia, a menos que las hayamos expuesto a una crítica conveniente y auténtica. Así que, cuando sugiero una revisión de la idea de alienación, debe de entenderse en este sentido. Puede ocurrir con ella, como ha ocurrido con la libido, que su sujeción a nuevos análisis no amenazará, en última instancia, su validez parcial. Parece probable que el enfoque monográfico del mundo social será el método establecido durante los próximos años. Nuestros días son los días de las cosas revisitadas y reconsideradas. De acuerdo con ello, hay que reducir el alcance de algunas construcciones que —hasta cuando van incluidas en el marco de un estudio parcial— abarcan tal amplitud de fenómenos que, aunque son difíciles de negar, son también difíciles de usar para la comprensión de las situaciones concretas. El problema con la generalización confusa de la idea de alienación es que nos presenta una pseudocomprensión de nuestra vida. Tan pronto como penetramos su sentido parece súbitamente revelar mucho de lo que ocurre en nuestra vida personal y social. Pero en una segunda fase del pensamiento, cuando vemos cuán diversos y multiformes son nuestros problemas, nos vemos obligados bien a definirlos a través de una concepción proteica de la alienación, bien a confinar ésta a un grupo de problemas y a buscar otros conceptos más adecuados para el resto.

Parece aconsejable conservar el concepto de alienación siempre que se refiera a la situación particular del hombre que trabaja, cuando éste aparece como víctima del proceso del que él es parte productora. Como se dijo antes, la alienación tiene una acepción muy generalizada que alude a la enfermedad

mental. Esto pudiera aconsejar su uso para fenómenos que se refieran más a lo psicológico que a lo económico. Pero no sólo a causa del origen histórico de la acepción socioeconómica, que va unida al triunfo del industrialismo, sino por su corrección semántica, no hay razón suficiente para relegarla a la versión clínica. El no hacer así supondría echar a perder cualquier esfuerzo dirigido a su ulterior esclarecimiento. La cuestión aquí no es sólo filosófica, sino que consiste sobre todo en no confundir cosas diferentes. Porque no hay ninguna transustanciación de la alienación del hombre moderno como trabajador en una víctima de la fatal incongruencia de sus lazos emocionales con otros hombres e instituciones que no sean sus compañeros o su lugar de trabajo. Ante todo ambas cosas pueden estar estrechamente relacionadas, pero son diferentes. Ambas cosas pueden obedecer a fenómenos más amplios, como, por ejemplo, la culminación de la división del trabajo, pero no son lo mismo. Si la sociedad de masas existiera en la realidad, las dos cosas serían elementos básicos de la misma, que nos explicarían la absoluta impersonalidad de las relaciones humana que la distinguen. La sociedad de masas sería la sociedad alienada si la destrucción completa de los grupos primarios tuviera lugar, y si la incesante lucha de los hombres libres no redujera constantemente el grado de enajenación que se encuentra en cada grupo humano.

V

Recapitemos ahora lo dicho hasta aquí, y presentemos con mayor claridad las conclusiones a que nos ha sido dado llegar. En primer lugar, he planteado la cuestión de la alienación debido a su renacimiento en el seno de la literatura más reciente de las ciencias sociales. Aunque pudieran encontrarse precedentes en doctrinas no marxistas y no hegelianas, tales como la concepción calvinista del pecado y de la relación del hombre con la divinidad, durante un largo período la idea de alienación ha quedado circunscrita a la teoría de Marx y Engels. De pronto, sin embargo, nos encontramos con que gran parte de los teóricos y aún de los investigadores sociales del presente reanudan la utilización del concepto, las más de las veces desposeyéndolo de sus postulados originales. Al analizar el material que dichos autores producen, nos damos cuenta de que el concepto de alienación sirve para justificar tantos fenómenos que, de tanto pretender explicarlo todo, no explica casi nada. Es entonces cuando parece adecuada la pregunta de si no será más conveniente abandonar el uso de una idea tan resbaladiza.

Antes de intentar responder a esta cuestión era conveniente volver a la

principal fuente de la noción de alienación. Al repasar la idea marxista de la alienación social lo primero que salta a la vista es que si bien se trata de una descripción psicológica, ésta queda circunscrita a las condiciones del obrero que se halla bajo el sistema de producción típico de la primera Revolución Industrial. Empero, al analizar las interpretaciones del presente, vemos que dicha descripción ha sido generalizada y que se usa como explicación de la situación vital del individuo contemporáneo. En efecto, la alienación, en los escritos que critico, aparece «desproletarizada», universalizada, y se nos ofrece como definición de la condición humana en nuestro tiempo. A guisa de ejemplo podríamos recoger aquella definición que describe la alienación como «la generalidad de los desarreglos psicológicos que tienen una causa radical similar: la organización social moderna» (15). Para ilustrar este punto se han aducido, en las páginas que preceden, algunos casos que mostraban la vaguedad de la idea en cuestión, así como su identificación con los más variados conceptos de la patología social y psicológica. Además, parecía conveniente aportar una prueba más de las inconsistencias que el uso no restringido de la idea de alienación social implica.

Esto fue llevado mediante la presentación del enfoque dado por un pensador cuyos supuestos son muy otros de los generalmente aducidos para explicarla. La comparación de la idea de alienación con la de alteración nos hace sospechar que quizás nos estemos aquí enfrentando con algo estrechamente unido a los problemas más profundos de la naturaleza humana y su manera de manifestarse. Por consiguiente, parece aconsejable la cautela en el uso de ideas tan generales y vulnerables en el campo de la teoría social.

Por último, se han distinguido dos versiones diferentes de alienación, a saber: 1, la alienación del hombre a través de la explotación económica; 2, la producida por otras formas de la vida de la sociedad industrial: anonimato, relaciones impersonales, cultura de masas, etc. A raíz de esta diferenciación se sugiere que es difícil ver por qué la primera versión deba de confundirse con la segunda, generalizada por los teóricos contemporáneos. La conclusión es que quizás sea adecuado seguir utilizando la acepción de alienación para describir aquellas situaciones peculiares en las que el hombre no es más que una herramienta de lo que produce. Esto, como bien se sabe, no ocurre sólo bajo el capitalismo: las sociedades feudales, las totalitarias o las parcialmente despóticas, registran también un grado mayor o menor de alienación económica.

(15) NATHAN GLAZER: «The Alienation of Modern Man», *Commentary*, vol. IV, 1947, pág. 380.

El uso de la versión más reciente, por otra parte, no está justificado en buena lógica. Su popularidad podrá ser muy sintomática, pero la idea no aclara el origen del problema ni señala las posibles soluciones que puedan darse a los fenómenos que tan insatisfactoriamente pretende describir.

SALVADOR GINER

R É S U M É

Le concept d'aliénation provoque chaque fois plus d'intérêt, surtout dans le domaine de l'investigation sociale. Son emploi actuel, se trouve uni, aussi bien dans la théorie sociologique que dans la pratique, à la version originelle marxiste du concept, mais on peut observer dans celui-ci une tendance à la séparation des originaux supposés qu'ils soient marxistes ou hegelien.

L'aliénation employée comme un concept qui définit la totalité de la condition humaine dans l'état actuel de la société industrielle est un concept beaucoup trop vague. Après avoir étudié les théories sur l'aliénation de Marx, des sociologues du début du siècle, de Franz Neumann, de D. G. Dean, et après avoir considéré que les problèmes de l'homme contemporain ne proviennent pas tous de l'aliénation de l'ouvrier industriel de son usine ni de celle de l'employé perdu dans l'impersonnalité du système bureaucratique — bien qu'il va être difficile de séparer ces aliénations de la marche de la société étant donné qu'elles sont le cadre quotidien de la majorité des gens —, l'auteur de l'article arrive à la conclusion que l'on ne peut pas abandonner les théories primitives de l'aliénation mais qu'elles doivent se compléter en distinguant plusieurs degrés et plusieurs catégories. Ortega a créé un concept qui est, d'une certaine façon, antérieur à celui d'aliénation. Il s'agit de l'idée d'altération, tellement caractéristique du règne animal; les animaux ne vivent pas en eux-même mais à partir de l'autre, tandis que l'homme possède la vertu de pouvoir être «pour-soi», de pouvoir pénétrer en lui-même. Cette théorie a de commun avec les conceptions modernes de l'aliénation que l'homme, le travailleur moderne, l'agriculteur même, est de plus en plus tyrannisé par ses propres instruments de travail, et par les institutions correspondantes et il a chaque fois moins besoin d'être «pur-soi».

Ceci ne veut pas dire qu'il faut conseiller la suppression des idées unificatrices. Le fait de suggérer une révision de celles-ci ne veut pas dire que l'on recommande leur disparition. Il est à conseiller de garder le concept d'aliénation lorsqu'il s'agit de la situation particulière de l'homme qui travaille,

lorsque celui-ci apparait comme victime du processus de production auquel il participe activement. Et on ne doit pas confondre le mot aliénation avec son sens plus généralisé de maladie mentale. Les deux choses peuvent avoir une relation mais elles son différentes.

S U M M A R Y

The concept of alientation is attracting more and more interest, especially in the field of social investigation. Its present use is connected, both in sociological theory and practice, with the original Marxist view of the concept, but one can see a tendency towards the separation of the original hypotheses, be they Marxist or Hegelian.

Alienation taken as a concept that defines the whole of the human condition in the present state of industrial society it is an excessively vague concept. The author of the article, after studying the theories on the alienation of Marx, of the sociologists of the beginning of the century, of Franz Neumann, of D. G. Dean, and after considering that the problems of contemporary man do not all arise from the alienation of the industrial workman in his factory nor from that of the employee immersed in the impersonality of bureaucratic systems —although it would be hard to separate these from society as they form the daily mark of the majority of the people—, reaches the conclusion that the primitive theories of alienation should not be overlooked, but that they should be complemented by distinguishing the various different levels and categories. Ortega created a concept which is, in a certain sense, previous to that of alienation. It is the idea of alteration, so characteristic of the animal kingdom; animals do not think, but live by instinct, whilst man has the virtue of being able to penetrate his inward thoughts. The fact this theory has in common with modern conceptions of alienation is that man, the modern worker up to the farm labourer, is becoming more and more tyrannized by his own work instruments and by corresponding institutions and requires less and less self-absorption.

This does not imply the supression of unifying ideas. By suggesting a revision of these ideas does not mean that they should disappear. It seems wise to conserve the concept of alienation providing it refers to the particular situation of the working man, whenever he appears as a victim of the process in which he is partly the producer. And this term alienation should not be mistaken for it most generalized acceptance of mental illness. Both can be related but are in fact different.

